¡Y que la época en que Basch debuta es altamente digna de todo interés!

Comienza el doctor su novela durante la última estancia de Maximiliano en Cuernavaca, es decir, cuando este sentía que el trono se desmoronaba bajo sus plantas, cuando á este le faltaba todo á la vez, la esplendente inspiracion de la emperatriz, el apoyo de la Francia, y la popularidad nacional conque creia haber contado siempre.

Con esto habria tenido cualquier escritor que no hubiera sido el médico ordinario, para formar un magnífico prólogo. Pero tenemos que conformarnos con su mezquina produccion, y abandonando su introito entrar con él en materia.

Comencemos acompañando por un momento al archiduque en su última estancia en Cuernavaca.

Maximiliano estaba constantemente agitado por una movilidad peremne, y rara vez permanecia mucho tiempo en el palacio que le habian regalado los notables reunidos por Forey.

Sin cesar caminaba, y sin embargo en ningun punto permanecia muchos dias, agitado por esa inquietud de la nostalgia que enervaba su alma tan dignamente templada.

Así es que habia escogido varias residencias adonde trasladarse indistintamente, prefiriendo sobre todas las que estaban situadas en el campo.

El archiduque, ademas de naturalista era poeta.

Cuernavaca era, pues, su mansion favorita, y tenia que serlo, por que su suelo, vestido con la lujuriosa vegetacion de los trópicos, y su cielo tibio, perfumado y radiante debian encantar á aquel regio soñador.

Al Sur de México está tendida la vía que conduce á la bella ciudad.

Despues de cruzar una magnífica calzada, despues de dejar á un lado á Churubusco, á ese pequeño pueblo desmoronado y convertido en polvosas ruinas entre las cuales solo queda el eterno monumento de una gloriosa derrota sufrida por el ejército nacional ante la superioridad del invasor americano, despues de cruzar la encantada ciudad de Tlalpan, á la cual la industria no ha podido darle la vida que anualmente le prestaba el juego, y despues de dejar perdida entre la caliginosa bruma del valle á la capital del Nuevo-Mundo ceñida en su lado oriental por sus dos lagos, se comienza á subir las colinas que como inmensos escalones conducen á esa espléndida sierra de Ajusco.

Xochimilco quedó á la izquierda medio hundido en su pequeño lago; el camino ondula ascendiendo fuertemente como el dorso de una víbora: se llega á las primeras rocas á donde está una sepultura india en cuyos ángulos se levantan cuatro gigantescos pinos como los cirios de un catafalco, y despues de cruzar dos pequeños pueblitos llenos de polvo y de flores, se entra á ese alto llano monótono y triste que se llama Las Raices, vestido por un inmenso tapiz de grama, pero grama venenosa y que ningun animal romanea sin caer herido de muerte.

Mas allá la altura es inmensa, y al cruzar ese llano árido y frio que se llama el Guarda, adonde un grupo de casas miserables de madera hace mas triste el paisaje, se siente un viento horrible y que recuerda el que arrastraba los grupos de sombras en el infierno del Dante.

Al fin se llega al monte de Huichilaque, al punto mas alto, á la region del pino, adonde crecen los ocotes levantando sus verdes penachos entre las nubes y las tempestades y adonde cada piedra, desde la cruz del Marqués hasta el pueblo negro y sombrío que levanta la torre gris de su iglesia en un ángulo de la montaña, todos son recuerdos sangrientos de la guerra civil, ó tradiciones de crímenes y ro-

bos cometidos por los bandidos que allí lanzó armados el clero para combatir contra la libertad.

Despues de atravezar el pueblo de Huichilaque, pueblo de cazadores, monteros y ladrones, y que recuerda á los villorios de la Sierra Morena, el paisaje se despliega ante la vista repentinamente deslumbrante de luz, de colorido y de vida.

El descenso es rápido y el camino trazado en zizag, desde la cumbre hasta la vertiente de la montaña, está tallado en el flanco del cerro como una monstruosa serpiente gris y roja, que se hubiera dormido entre las rocas, fatigada por el sol de la tierra-calienta.

Pero el panorama es magnífico, el único acaso en el mundo.

Contemplando el cuadro desde una de las postreras curvas de la vía se vé la ciudad de Cuernavaca medio asomada entre las desigualdades del terrero, casi perdida entre las copas de los árboles frutales. A la izquierda, recortando el término, el cerro de la Herradura deprimido como si la pezuña de un animal inmenso se hubiera posado sobre él antes de que endureciera su corteza de granito: mas allá la pintoresca masa de rocas volcánicas entre las cuales está escondido ese simpático pueblo de Tepozotlan, la Aténas de aquellas ciudades semi-bárbaras, y adonde la raza indígena conserva su primitiva civilizacion embellecida y regenerada por la trasfucion de la luz de la civilizacion moderna.

Al Este, los dos volcanes, el Iztacihuatl y el Popocatepetl, con sus inmensos perfiles recortados en la inmensidad de un cielo de púrpura y oro, con sus bases hundidas entre las olas inmóviles de las montañas que ciñen su pié como un mar petrificado, con sus frentes irradiando con la diadema de sus eternas nieves, levantadas mas allá de la nube, mas allá de las tempestades.

Al Sud-Este, la lontananza, plana y vaporosa con sus llanos verdes y tachonados de carmin, y en medio de ellos alzando sus cónicos mamelones las Tetillas, como dos pesones que hubieran amamantado algun fauno mitológico.

Al Medio-dia, la cañada revestida por la glanea planta del azúcar, y mas allá en un débil ascenso se entreveé la franja del rio Amacusaque, como un sueño de luz y vapor, y mas allá, por fin, á una distancia fatigante las inmensas moles de los montes que forman esa terrible y admirable sierra que se llama el Sur.

Me habia divagado. ¡Tienen para mí tantos recuerdos aquel cielo, aquel suelo y aquel sol!

En medio de aquel paisaje admirable se delinea Cuernavaca, la ciudad accidentada, indolente y mortífera; la favorita de dos emperadores, apesar de su aspecto inculto y que recuerda esos aduares de las orillas del Ganges.

Cuernavaca fué construida en el declive de una colina, y sus calles, tortuosas é irregulares y formando planos inclinados en todas direcciones, son tristísimas con sus casas de mezquina construccion y sus techos prismáticos de teja. Allí solo es bella la naturaleza con su cielo de oro y su suelo de esmeralda; pero la obra del hombre es pobre y produce una mala sensacion el aspecto de aquella poblacion que debia ser suntuosa, si se atiende á que su ereccion se debió á las necesidades sociales de aquella riquísima agricultura. Pero, por el contrario, aquel grupo de chozas de plantadores revela la sórdida barbarie de la colonia española que allí monopoliza la industria azucarera, y que solo ha dejado, como el monumento eterno de su deshonra, las pretensiones feudales de sus cómitres, la esclavitud disfrazada del labrador y todo el grupo de ignorancia y atrazo que forma la estela histórica de la España conquistadora.

¡Y que hay en Cuernavaca recuerdos que debiamos eternizar en nuestras crónicas, y edificios que seria preciso con-

servar á través y á pesar de los siglos! Allí está el palacio de Cortés, allí el calabozo adonde estuvo preso Morelos antes de marchar al suplicio, y allí la habitacion de Maximiliano, el rey mártir.

He aquí la favorita del emperador, abandonada hoy y consumiéndose en su molicie soñolienta, tendida bajo la sombra de sus árboles tropicales, y refrescada en la noche por los vientos del Norte que arrastran del Huichilaque masas de nubes que llevan en su seno aquellas cataratas pluviales que nutren al árbol y matan al hombre.

En esa ciudad, y á su célebre Jardin de Borda, fué á vivir Maximiliano, segun nos cuenta su médico ordinario; aquella fué la última vez que la visitó. Yo, que me he propuesto no solo rectificar los errores del cronista extrangero, sino llenar tambien los huecos que deja en su obra, he querido describir ligeramente la residencia imperial: así se irá conociendo en Europa este *Paraíso perdido* que se llama México.

Pero volvamos á nuestro Doctor Basch.

Dice que despues de residir seis dias en esta ciudad, al sétimo, en la madrugada, tornaron á México, á causa de haber sabido el emperador que se habia tramado una conspiracion en Tlalpam, y que los conspiradores habian sido ahorcados por el general O'Horan.

Dentro de un momento voy á ocuparme de esa conjuracion; pero antes, y para no divagarme, tengo que seguir con el médico de cámara.

Este asegura que al mismo tiempo en que ellos llegaban á la capital del imperio, llegaba la noticia de que la emperatriz volvía de su mision en un vapor de guerra francés, y que entonces Maximiliano dispuso salir para Orizaba, en donde se habia propuesto aguardar á Carlota, lo cual comunicó al Dr. Samuel encargándole la reserva.

Ademas, apoya su dicho en las cartas del emperador á Bazaine que publica Kératry.

Sorprende ciertamente que un empleado de tal categoría como Basch en la corte imperial enarre de esta manera los graves sucesos que tuvieron lugar en aquellos momentos. Esto es hablar de política como lacayo, y por mas ignorante que haya sido el doctor, no es creible que llegara su ceguedad á tal punto que no viera con mas claridad la tormenta que se desataba á su alrededor.

Razon tienen, sin duda, los que suponen que la presente obra no ha sido escrita por Basch, y que este solamente prestó su nombre para dar mas importancia á un folleto que hiciera productiva la edicion aunque estuviera plagada de errores.

En efecto, cuantos han tratado íntimamente á Basch, aseguran que es incapaz de escribir dos líneas. Y los que lean los *Recuerdos de México*, adivinarán que su autor ni es muy entendido ni conoce la historia de aquella época sino es por los datos verbales ministrados por el mismo Basch, el cual no es apto ni para hacer esa obra, por mala que esta sea.

Pero vamos adelante.

Maximiliano jamás creyó en la próxima vuelta de la princesa Carlota á México, y el mismo Kératry, á quien cita como autoridad el médico aleman, asegura que las cartas del emperador dirigidas al mariscal Bazaine con fechas 14 y 18 de Octubre, no tenian mas objeto que hacer colocar en el camino de México á Veracruz un cordon de tropas que lo escoltase cuando partiese para la costa, y evitar que este proyecto lo conociesen los disidentes si llegaban á apoderarse de esa correspondencia.

Se vé, pues, que el Dr. Basch no poseia mucho la confianza de su amo, y tomaba sus datos políticos en los últimos escalones de las escaleras de la servidumbre imperial.

Voy por un momento á desarrollar ahora á mis lectores ese cuadro sombrío de la conjuracion de Tlalpam, que menciona el médico de cámara, para recojer así siquiera algunas de las terribles efemérides de aquel periodo, y fijarlas en la historia, como fija el naturalista en un cuadro las aterciopeladas mariposas de la noche prendidas con alfileres.

II.

En los últimos dias de Setiembre de 1866 tuvieron lugar, en efecto, los fusilamientos de que habla el Dr. Basch, el cual lanza á la publicidad la sospecha terrible de si hubo realmente tal conspiracion ó si fué inventada por O'Horan, quien, dice tambien Basch, disfrutó de una reputacion harto dudosa por haber cambiado de color repetidas veces durante su vida política y militar, y por haberse distinguido siempre por su escesiva crueldad, ya con los liberales ya con los conservadores.

Difícil es hoy levantar el velo que cubre aquellos sucesos, y mas aun cuando sobre los pliegues inferiores de ese velo que arrastra en tierra, está tirado el cadáver del ejecutor, y no queremos profanar sus restos.

Es, pues, imposible arrojar una luz bien clara sobre aquella trajedia, y tenemos que dejar en pié la sospecha que entonces corrió en alas del rumor público de haber sacrificado O'Horan, no á los conspiradores si no á sus propios cómplices, que con él trabajaban por derrocar el imperio y que pudieron comprometerlo con sus declaraciones.

El mismo O'Horan ha fomentado esta idea cuando aseguró que sirvió á Maximiliano por ayudar á los republicanos, con lo que quiso defenderse cuando estos lo juzgaron despues de la ocupacion de la capital.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA